

Relectura de Enrique Freijo (1966) desde Barcelona 2022: la Acción Católica General, hoy

Miguel Ángel Tabarés Cabezón. Comunidad Parroquial de Santa María del Mar. Acción Católica General. Barcelona

Introducción

La revista *Iglesia Viva* aparece en 1966, a los pocos meses de finalizar el Concilio Vaticano II. En ese mismo año, la revista publicó en dos números consecutivos –los nº 5 y 6– el trabajo de Enrique Freijo Balsebre titulado “Teoría y praxis en la temporalidad de la Acción Católica”. Enrique Freijo (Bilbao, 1925-2001), sacerdote, teólogo, doctor en medicina y en psicología, fundador y catedrático de la Facultad de Psicología de la Universidad Pontificia de Salamanca, fue también, por lo que aquí nos interesa, promotor de la Cátedra Pablo VI en Salamanca y consiliario de la Juventud Estudiante Católica (JEC).

Es también 1966 el año que generalmente se fija como momento de inicio de la gran crisis de la Acción Católica, con el colapso en el periodo 1968-74 de algunos de sus movimientos. Antes ya se habían producido varios acontecimientos significativos, como la participación de los movimientos apostólicos obreros en la huelga de Asturias de 1962, la fundación de la editorial ZYX en 1963 o el cese de Tomás Malagón como consiliario de la HOAC en 1964 (Montero 2002, 30). La crisis se manifestó en muchos aspectos de manera abrupta a pesar de que un año antes, en 1965, la organización consiguió congregar en Madrid a 2.000 delegados juveniles de toda España, reclamando la participación de los jóve-

nes en todas las instancias de la sociedad, Iglesia incluida.

En 1966, las ramas adultas masculinas de la Acción Católica contaban con 30.600 militantes y 1.126 centros generales. Las femeninas, 42.270 militantes, 66.745 adheridas y 2.550 centros. Diez años antes, el número de militantes era cercano a los 600.000 y el de centros de unos 18.000.

En esa misma época, de 1964 a 1967, inició su andadura el *Camino Neocatecumenal*. En 1964, por iniciativa del jesuita Tomás Morales, la *Milicia de Santa María*. También en 1964, ADSIS surge del ya muy frondoso árbol plantado por Juan Bosco. En 1967, se constituyen las *Comunidades de Vida Cristiana (CVX)*, como continuación de las antiguas Congregaciones Marianas vinculadas a la Compañía de Jesús. También en 1967, la *Renovación Carismática Católica*. Un año después, en 1968, un Andrea Riccardi de menos de 20 años y otros estudiantes de bachillerato comenzaron la aventura de la *Comunidad de San Egidio*. En 1969, en Italia la "Gioventù Studentesca", que el sacerdote Luigi Giussani acompañaba desde 1954, comenzó a ser conocida como *Comunión y Liberación*.

El Concilio Vaticano II, desde su concepción del Pueblo de Dios y del lugar de los bautizados laicos en él, supuso una verdadera revolución en el mundo del asociacionismo seglar, cuya sedimentación aún no ha terminado. El Decreto *Apostolicam Actuositatem (AA)* sobre el Apostolado de los Laicos hizo un llamamiento expreso a la que consideraba *absoluta necesidad* de que los laicos actúen de manera asociada y organizada para el apostolado (AA, 18). Freijo Balsebre (1966b, 39), no obstante, advierte del peligro que amenaza a la eficacia de estas asociaciones: el de la fragmentación apostólica. Señala: "[...] Algunas de estas asociaciones se definen directamente en orden a la evan-

gelización y santificación de los hombres, por lo que solo indirectamente coadyuvan a la edificación de la ciudad terrena. [Sin embargo,] toda verdadera evangelización introduce en el mundo un factor de civilización, ya que urge en los fieles el cumplimiento de los deberes cívico-sociales, [por lo cual, las personas de hoy] pueden cerrarse fácilmente a una presentación del Evangelio que no vaya directamente testimoniada con el compromiso esforzado por la transformación más humana y justa de las condiciones reales de la vida". A este testimonio Freijo lo denomina "pre-evangelización": optar por ella ya supone una apuesta sobre qué evangelización. "Otras asociaciones agrupan confesionalmente a los laicos para la tarea directa de la gestión de lo temporal, bajo la inspiración de la doctrina de la Iglesia. Así han surgido sindicatos, partidos políticos, instituciones culturales y de enseñanza, empresas económicas, etc., que suelen adjetivarse como 'cristianas' o 'católicas'". Citando a M. Useros, en un texto también de 1966, añade: "En la actualidad, este tipo de acción colectiva confesional es sometida a la crítica y el desprestigio de muchos; esto se debe al riesgo que corren de transformarse en 'grupos cerrados', enfrentados con los otros, y al peligro de que sus posibles deficiencias se juzguen como deficiencias de la Iglesia" (p. 49). No es preciso destacar ejemplos, algunos muy actuales.

En todo caso, debe recordarse también que ciertos movimientos ya habían comenzado a dar pasos antes del Concilio: *Schönstatt -1920-*, *Legión de María -1921-*, *Opus Dei -1928-*, *Focolares/Obra de María -1943-*, *Equipos de Nuestra Señora -1947-*, *Pax Romana -1947-*, etc. Su adecuación a las orientaciones del Concilio, en varios de ellos y en alguno de sus aspectos, no siempre ha resultado pacífica, al igual que entre los movimientos postconciliares.

Iglesia Viva nace en este ambiente de implosión (Acción Católica), expansión (movimientos preconciliares) y eclosión (de nuevos movimientos), afirmando en la presentación de su primer número que una de las grandes enseñanzas del Vaticano II era poner de manifiesto "el carácter dinámico y evolutivo del ser consciente de la Iglesia, espesor humano de nuestra vida cristiana". En definitiva, que la Iglesia es algo vivo. Hace cincuenta y seis años, Enrique Freijo nos dio algunas pistas para orientar esa insoslayable vivacidad.

Barcelona, 2022: ¿aquí y ahora?

En nuestra cultura popular actual, ha tenido un singular éxito la aparentemente simple llamada al "aquí y ahora". En torno a ella se ha construido una cierta filosofía balsámica de la angustia del vacío que parece asfixiar al hombre y a la mujer de hoy, acorralados por un deseo para el que no se encuentra nombre. Esa convocatoria a lo inmediato, puede ser coherente con el resquebrajamiento y licuefacción del suelo que pisamos, que, siguiendo a Zigmunt Bauman, nos impone correr y correr para intentar salvarnos (Bauman 2017). También con la necesidad del olvido del sufrimiento de las víctimas para ser feliz (Metz 2013, 20). Los receptores más simplones de dicha filosofía recomiendan asumir el rol de espectador: sentarse y mirar.

Freijo, sin embargo, englobando los dos adverbios arriba citados, apuesta por una preposición: *en*. Preposición que cobra su pleno sentido para lo que aquí nos interesa cuando va precedida de un verbo formado también con *en*, en este caso como prefijo: *encarnar en*. *In-carnis*, "dentro de la carne". Así Freijó puede hablar de "la Iglesia como emergencia del mundo" (Freijo Balsebre 1966a, 51). Emerge, brota, sale desde dentro a la superficie. Desde ese mundo expectan-

te que gime con los dolores de parto, aguardando la manifestación de los hijos de Dios (Rom 8). "La Iglesia aparece como *siendo mundo, siendo Humanidad*, y su compromiso en la construcción y perfección de aquél y de ésta como algo radical y constitutivo. Es decir, la Iglesia emerge del mundo y de la Humanidad y, por ende, se halla originaria y constitutivamente comprometida con ellos y con su desarrollo histórico" (Freijo Balsebre 1966a, 52). La Iglesia no es espectadora; tampoco una "*extraña injerente al mundo*" (Freijo Balsebre 1966a, 52). Parafraseando a Emmanuel Mounier, podríamos decir que el mundo y la Humanidad son "acontecimiento" en el que la Iglesia se encarna, acontecimiento que constituye su "maestro interior".

Y ahora sí: aquí y ahora, '*en*' Barcelona, '*en*' 2022.

Estas páginas se escriben en Barcelona, en agosto de 2022. El 24 de enero de este año, *El Periódico de Catalunya* publicó un artículo suscrito por Carles Cols, Ricard Gràcia y Fco. José Moya con el contundente título de "El catolicismo se desploma en Barcelona". Según los datos allí expuestos, ya solo tres de cada diez barceloneses se declaran católicos, proporción que se prevé descienda de manera muy significativa en los próximos 20 años, puesto que en la actualidad el catolicismo solo es mayoritario entre los mayores de 75 años. De ellos, la mitad practicantes. Por debajo de los 44 años, el número de los seguidores de otras religiones es superior al de los católicos. Entre los 18 y los 24 años, un 27 por ciento se reconoce católico –practicante o no–; un 40 por ciento se encuadra en otras confesiones; y el resto está constituido por no creyentes. Por debajo de 18 años, las cifras son aún más llamativas: solo un 16,7 por ciento de los alumnos de primaria en centros públicos cursa la asignatu-

ra de religión; en secundaria desciende al 12,5; y en bachillerato prácticamente desaparece (1,4).

Barcelona se divide en diez distritos. En cuatro de los más poblados, los cristianos no católicos superan a los que los son. Hay distritos en los que el número de centros de culto cristiano no católico dobla, incluso triplica, el de los católicos. El catolicismo solo aguanta en los barrios de rentas altas y con mayor nivel de instrucción entre sus habitantes –Sarrià, Les Corts, ...–, aunque todo apunta a un rápido abandono por las nuevas generaciones de las clases económicamente satisfechas, como posiblemente sea lógico.

Lo anterior únicamente pretende ser un boceto del cuadro mucho más complejo del catolicismo en Barcelona, al que solo añadiremos una pincelada más en forma de título de otro artículo de opinión: “La Iglesia Católica en los barrios populares será filipina y latinoamericana o no será” (*La Vanguardia*, 13 de junio de 2021). Su autor, Salvador Pié-Ninot, que es –entre otras muchas cosas– arcipreste en la Ciutat Vella de Barcelona, lugar de la ciudad en el que el catolicismo es minoritario en relación con otras confesiones e increyentes, a pesar de contar con el mayor número de centros de culto católico de la ciudad, entre ellos la Catedral y Santa María del Mar (“la Catedral de los Pobres”). El pronóstico de ese artículo brota en un aquí y ahora encarnado, que ha de ser tenido en cuenta por la AC o por cualquier movimiento seglar que pretenda ser *popular* en el sentido que luego veremos.

Pero es que, además, para ser coherentes con el mundo y la Humanidad de la que nos habla Freijo, es obligado reventar el marco de ese cuadro meramente eclesial, para encajarlo en la realidad en la que emerge: una Barcelona sede de cuatro universidades públicas, tres privadas e innumerables centros universitarios

dependientes de otras universidades; capital de una Comunidad Autónoma, muchos de cuyos habitantes quieren que sea Estado; que ha perdido la histórica *Motor Ibérica* –luego *Nissan*–, dejando en la calle a más de 20.000 trabajadores; con el “Manchester catalán” del Poblenou, antiguo símbolo del proletariado y del cooperativismo, completamente desmantelado y convertido en territorio de oficinas del sector audiovisual y tecnológico; con decenas de pisos de precio superior al millón de euros; con miles de *garcías* y *fernández* ocupando puestos de mando en la política, administración pública y empresas; con un 23 por ciento de la población censada de origen extranjero, entre ellos más de 80.000 latinoamericanos y otros tantos musulmanes; con una decena de opciones políticas representadas en el Ayuntamiento; ... con casi 3.000 personas sin hogar. La Barcelona también del terrorismo yihadista, del cambio climático, de TikTok, de las pandemias globales, de las intervenciones quirúrgicas teleasistidas con 5G, de las criptomonedas, de los vuelos *low-cost*, de la State Grid Corporation of China, ... de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca.

Esa Barcelona, la más descreída de las capitales de la agonizante –quizá extinta– cristiandad, tejida con una complejidad inabarcable en la que se entrelaza una realidad eclesial achicada y menguante, es el lugar que eligió la (nueva) *Acción Católica General (ACG)* para celebrar su *IV Asamblea* en julio de este 2022, con una decisión sobre el lugar que transpara una opción y con el lema “Anunciar a Jesucristo con obras y palabras”.

No somos los únicos a los que nos ocupa el Anuncio. También en Barcelona, en los próximos 6, 7 y 8 de diciembre, se celebrará el *IV Congreso Protestante de Catalunya*, colectivo del que forman parte 250.000 catalanes. Su lema es “Cooperar para saturar Catalunya con el Evan-

gelio de Jesús". El Congreso se dirige a los creyentes que "quieran profundizar en una cultura del discipulado integral, transformador y multiplicador, que nos ayude a transformarnos en misioneros en el lugar en que vivimos".

Para enmarcar correctamente lo que sigue, nos parece necesario realizar dos apreciaciones. La primera sobre el interés de la Conferencia Episcopal Española (CEE) en la (nueva) ACG. La Eucaristía con que se dio inicio a la Asamblea del pasado julio fue presidida por el presidente y el secretario general de la CEE, encontrándose presentes otros obispos, entre ellos el presidente de la Comisión para los Laicos de la Conferencia. Varios prelados participaron en los tres días del acontecimiento. La Conferencia Episcopal ha dotado a la ACG de considerables –aunque nunca suficientes– medios personales y materiales. En el prólogo del Proyecto de ACG, el anterior presidente de la CEE, mons. Ricardo Blázquez, hablaba del "gozo y esperanza" manifestados por los obispos en su Asamblea Plenaria de abril de 2009 al aprobar los estatutos de ACG. De estos y otros datos no puede deducirse inmediatamente que la ACG sea la opción de la jerarquía católica española para abordar la realidad que se describe más arriba, pero sí permiten afirmar que la Conferencia Episcopal ha realizado con la ACG una apuesta firme para ello. Si es así, ¿qué significado podemos darle?; y también, si es así, ¿llevará de nuevo esta situación a la discusión –en estos momentos inútil– de si ACG participa en el apostolado jerárquico o coopera con la jerarquía en el apostolado?

La segunda, que a la Asamblea mencionada acudieron más de 1.000 personas de 40 diócesis, siendo la impresión generalizada que la organización fue magnífica, en un ambiente totalmente distendido e ilusionado. Si a ello se añade lo ya dicho en el anterior párrafo, la conclusión

parecería rodada: la ACG, después de 13 años de nueva andadura, es una realidad viento en popa. Pero no lo vemos así; aún no lo vemos así. Detrás de la imagen que ahora ofrece ACG está la calidez y la calidad del trabajo de no mucha gente: los actuales miembros de la Comisión Permanente –Eva, Angelines, Fran, Inma, José Antonio– y los anteriores, así como de las comisiones diocesanas, acompañados de un puñado –cada vez mayor, es cierto– de militantes que hacen honor a esa condición. Pero la nueva ACG es aún una realidad en camino de maduración, con aspectos muy relevantes inexplorados o necesitados de desarrollo. Quizá en una década de discernimiento constante, diálogo, innovación y riesgo, manteniendo el ambiente actual y, sobre todo, el aliento del Espíritu, pueda decirse que este "odre nuevo" del que se hablaba en la Asamblea de la ACG en Cheste en 2009, en el momento de la refundación, esté preparado para el "vino nuevo" de la realidad presente.

¿Cómo?: Benito, Pelayo, Ignacio

¿Cómo han de situarse los antiguos, los nuevos y los novísimos movimientos seculares en esta Barcelona del 2022, y en las *barcelonas* que vendrán?

En la ponencia de Agustín Domingo Moratalla en el *Congreso Nacional de Laicos de 2020* ("Profetas 3.0: sanar personas, cuidar vínculos, tender puentes"), se planteó una disyuntiva que puede ayudar a dar una respuesta (Domingo Moratalla 2020). En el apartado segundo de su ponencia, "Interpretar los nuevos tiempos: ¿opción benedictina u opción ignaciana?", Agustín Domingo se refirió al libro superventas de Rod Dreher *La opción benedictina: una estrategia para los cristianos en una sociedad postcristiana*, publicado en 2017 en inglés y al año siguiente en castellano. Y aquí nos pregun-

tamos: ¿también para los de la Barcelona de 2022?

Dreher considera que no hay esperanza en esta sociedad de la postvirtud. "La política de la opción benedictina comienza reconociendo que la sociedad occidental es ya una sociedad postcristiana y que, salvo que haya un milagro, no hay esperanza de que esta situación revierta en el futuro próximo" (Dreher 2018, 119). "¿Y si la mejor manera de plantar cara al diluvio es dejar de plantarle cara? ¿Y si la solución es dejar de apilar sacos de arena y construir un arca en la que podamos refugiarnos hasta que las aguas vuelvan a su cauce y podamos volver a tierra firme?" (p. 35). Dreher hace un llamamiento a organizar una resistencia astuta. Para él, el ejemplo es un laico, Benito de Nursia –al que se refiere de manera claramente reduccionista–, que, en el siglo V, ante una sociedad romana que consideró irrecuperable, se fue. No propiamente se puso en camino como Abraham, ni escapó de nada, sino que, según Dreher, buscó un lugar en el que habitar en el mundo tal y como es, aceptándolo, sin intentar cambiarlo, empresa que consideró imposible. De algo así hablan también quienes más arriba hemos dicho que nos proponen ser espectadores para evitar sufrir.

"Los cristianos, cercados por las aguas embravecidas de la modernidad, esperan que alguien como San Benito construya arcas en las que ellos y su fe puedan surcar este mar de crisis, una Edad Oscura que bien puede durar siglos" (Dreher 2018, 41). Dreher afirma que "no nos podemos permitir el lujo de seguir luchando en guerras que perdimos hace mucho tiempo" (p. 117). Hemos de reconocer nuestra condición de minoría que vive en el exilio; debemos construir fronteras que, con una Regla, protejan el estilo de vida en el que creemos y que nos permitan ser solidarios entre nosotros. Y esperar a que escampe, aunque nosotros no lo veamos.

Antes de pasar a la opción ignaciana señalada también por Agustín Domingo, comentaremos brevemente otra opción que se ha formulado de manera reciente, no ya en el ámbito del conservadurismo norteamericano de Dreher, sino en el más beligerante francés y europeo. En abril de este 2022 se ha publicado en castellano el libro de Julien Langella *Católicos e identitarios: de la protesta a la reconquista*, cuyo original en inglés es de 2020 y que lleva camino de ser otro superventas. Aquí ya no hablamos de Benito, sino de Pelayo (o de Santiago Matamoros).

De la propuesta de Langella se deduce que el exilio que propone Dreher es inaceptable: meter en un arca protegida a los fieles hasta que escampe es injusto, indigno, absurdo, una cobardía y una traición. "Citando a Santo Tomás ('es lícito atacar a los enemigos para evitar que pequen'), el abate Lémann añade: 'Tanto más para evitar que hundan a toda la sociedad cristiana en el pecado'. [Y] pide a los cristianos que se pongan deliberadamente a la ofensiva: 'Con la mera actitud defensiva en una gran causa, uno está perdido; porque uno languidece, se desmorona, se disuelve, y finalmente desaparece'" (Langella 2022, 352). Y Langella agrega: "Estas poderosas palabras son más pertinentes que nunca: si nos quedamos en una postura puramente conservadora, estancados en la reacción sin ser capaces de encarnar una fuerza de propuesta, caeremos como un castillo de naipes". Podría ser el castillo bien amurallado que Dreher anima a construir. A continuación, Langella propone como símbolo la cruz de Santiago, que llevaban los monjes-soldados españoles "que defendieron la Fe y España contra la marea sarracena" (p. 352).

Langella hace expresa la finalidad de su propuesta: "Más que una vanguardia, debemos construir una aristocracia mili-

tante. La falange de la Cruz y de la identidad". Y, un Langella que está en la mitad de la treintena, señala a los jóvenes como sus destinatarios: "[...] Han comprendido claramente que la lucha contra la tabla rasa mundialista debe llevarse hasta el final, para la defensa de todas nuestras identidades, no solo la sexual y la familiar. En resumen: hasta la reconquista" (p. 49). La propuesta de Langella se construye en buena medida sobre la pérdida de identidad cristiana –y nacional– que atribuye a la inmigración; sobre la sustitución de población, más que sobre la disolución sin más de la identidad cristiana de los nacionales. Quizá –solo quizá– en nuestro país, en la Barcelona de 2022, esos argumentos no forman parte estructural del discurso propositivo mayoritario (aún), pero sí del que cada vez se va haciendo un mayor hueco en la sociedad y en las instituciones. Muchos dirían incluso que ese discurso penetra y se expresa transversalmente, sin que pueda atribuirse en exclusiva a unas siglas.

En absoluto deben minusvalorarse reflexiones o propuestas como las de Langella. No es una excrecencia de la sociedad ni un friki al uso. Él mismo, que se atreve con una "Teología de la Nación" (p. 62), recuerda que los católicos confesantes, además de los jóvenes, son un caladero de votos sin el que no se entendería la potencia del partido de Marine Le Pen. Y cita a *Le Monde*: "Se confirma el derrumbe del dique católico anti-FN" [*Frente Nacional* de Francia, ahora *Reagrupación Nacional*]. Con ello celebra que se cierre el paso a Macron al que, reproduciendo las calificaciones de la publicación *Marianne*, califica de "ultraliberal, oligárquico, mundialista, transhumanista, tecnócrata, antifamiliar, proeuropeo, eutanásico, abortista y eugenésico" (p. 40).

Dreher y Langella, con sus análisis y propuestas claramente distantes entre ellas, definen, en nuestra opinión, dos for-

mas en las que el Pueblo de Dios puede situarse en –o, quizá mejor, *ante o frente a*– el mundo y la Humanidad: protegiéndose de ellos o intentando recuperarlos por la fuerza política y la ley que de ella emana. En la primera, ya se encuentran –consciente o inconscientemente– muchos de nuestros colectivos creyentes; la segunda fundamenta la reacción de muchos proyectos –no solo creyentes– ante esa Barcelona de 2022. Freijó, en su lectura del Concilio Vaticano II, se muestra igual de distante de una y de otra: "La Iglesia ni pretende dominar al mundo con su doctrina y poder, ni se desentiende de él proclamando un cielo ajeno a nuestra tierra. El Pueblo de Dios quiere presentarse ante los hombres como pobre, sencillo y servicial. Sin pretensiones de dominio, pero comprometido en el mundo y su edificación, con la esperanza y el mensaje de su radical salvación" (Freijó Balsebre 1966a, 50).

En las propuestas de Dreher y de Langella existe un menosprecio más que implícito por el diálogo, que posiblemente calificarían no solo como inútil sino, sobretodo, de un buenismo suicida. Agustín Domingo se distancia de esas propuestas al referirse a la *opción ignaciana*, "que afronta reflexivamente los retos de la modernidad. Considero importante no evitar el diálogo, establecer una relación reflexiva, lo que supone no aceptar acríticamente sus presupuestos y no replegarse a tiempos pre-modernos. De la misma forma que el Concilio Vaticano II realizó un diálogo reflexivo con la modernidad, así debemos situarnos ante un tiempo pos-moderno, tardo-moderno o simplemente un tiempo 'nuevo'. La pasión por la verdad y el fortalecimiento cultural de nuestras democracias frágiles no es opcional ante esta novedad" (Domingo Moratalla 2020, s.p.). Apertura prudente, podríamos decir, pero apertura. ¿Le cabe otra opción a una Iglesia que brota, emer-

ge y se compromete con el mundo y con la Humanidad, como su identidad más radical y constitutiva, tal y como hemos visto que defendía Freijo?

Resultaría muy extenso, fuera de los estrechos márgenes que se pretenden para estas líneas, el relato que describiera la distancia entre lo que significa Ignacio y las opciones a que se acaba de hacer referencia. Mirando y leyendo a Francisco puede obtenerse una visión más completa, a pesar de que Langella, imaginamos que irónicamente, aconseja que “la mejor manera de salvar la posición del Papa es no comentarla” (Langella 2022, 184).

Para Ignacio, desde el comienzo de su peregrinar “toda su cosa era tener solo a Dios por refugio” (Loyola 2015, 35). En la Storta vio claramente como “Dios Padre lo ponía con Cristo” (p. 96) y Jesús le decía que quería que les sirviera. Y siguió caminando “siempre creciendo en facilidad de hallar a Dios”, hasta sus últimos días, en que “siempre y a cualquier hora que quería hallar a Dios, lo hallaba” (p. 99). La experiencia de Ignacio y, por lo tanto, su propuesta, es estrictamente religiosa, por completo centrada en su unión con Cristo. Otras propuestas –las de Dreher, Langella y otros– tienen un fuerte componente moral, estratégico o político. La de Ignacio es *cristiana* en sentido estricto.

Su personalización con Cristo solo puede ir acompañada de su identificación con la Iglesia guiada por el Espíritu, a la que servir como *Esposa* bajo el Romano Pontífice y sus sucesores, a quienes deberá obedecerse “en cuanto se refiere al provecho de las almas y a la propagación de la fe; y [a ir] a cualquiera región a que nos quieran enviar, aunque piensen que nos tienen que enviar a los turcos, o a cualesquiera otros infieles, incluso en las regiones que llaman Indias; o a cualesquiera herejes, cismáticos, o a los fieles cristianos que sea”, como se dice en la Fórmula del Instituto –Compañía de Je-

sús– aprobada en 1550 (Centro Ignaziano di Spiritualità 2022, 2). Y recibiendo incluso con gusto encargos con los que nadie se atrevía, como la visita al Negus de Etiopía o la deslumbrante historia de Francisco Javier hacia China. No hay para Ignacio otra opción que *en y desde* la Iglesia, a la(s) que Dreher y Langella parecen olvidar.

En esa misma Fórmula, siguiendo con el *todo* que aplica a su unión con Cristo, al obedecer a la Iglesia, al cualquier lugar para ser enviado, añade un *todo* respecto de las posibilidades del *qué hacer*: “[...] Para atender principalmente a la defensa y propagación de la fe y al provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana por medio de predicaciones públicas, lecciones, y todo otro ministerio de la palabra de Dios, de ejercicios espirituales, y de la educación en el cristianismo de los niños e ignorantes, y de la consolación espiritual de los fieles cristianos, oyendo sus confesiones, y administrándoles los demás sacramentos. Y también [...] para reconciliar a los desavenidos, socorrer misericordiosamente y servir a los que se encuentran en las cárceles o en los hospitales, y a ejercitar todas las demás obras de caridad, según que parecerá conveniente para la gloria de Dios y el bien común” (Centro Ignaziano di Spiritualità 2022, 1). Todo, cualquier servicio, *según pareciere conveniente para la gloria de Dios y el bien común*. En Dreher, *los nuestros* parece que tendrán prioridad; en Langella, todo lo anterior estará supeditado a su utilidad para recuperar lo perdido.

Las *Deliberaciones de los Primeros Padres* de la Compañía, desarrolladas en Roma entre marzo y junio de 1539, son una muestra preciosísima de cómo discernir comunitariamente cuando la meta es compartida y cuando se pretende que el protagonista sea el Espíritu. Aquí no nos importa tanto lo que decidieron sino

el hecho mismo de hacerlo; y cómo lo llevaron a cabo siguiendo la batuta de Ignacio, con las normas de los Ejercicios y del discernimiento de espíritus. "Y a ninguno debe parecer extraño que, entre nosotros, débiles y frágiles, ocurriera esta pluralidad de sentencias, ya que también los mismos Príncipes y Columnas de la Iglesia Santísima, los Apóstoles [...], difirieron en pareceres y aún los tuvieron opuestos entre ellos, y consignaron por escrito sus sentencias contrarias. Así, pues, juzgando también nosotros de varios modos, y como estábamos solícitos y vigilantes para encontrar un camino plenamente abierto por el cual nos ofreciéramos todos nosotros en holocausto a Nuestro Dios, [...] resolvimos ocuparnos con más fervor de lo acostumbrado en oraciones y sacrificios y meditaciones, y después de poner de nuestra parte la diligencia posible, en lo demás arrojar en el Señor todos nuestros proyectos, poniendo nuestra esperanza en El" (Caicedo 1997, s.p.). ¿En los modelos de Dreher y Langella se permitirían esa *pluralidad de sentencias*?, ¿cómo se resolvería esa pluralidad?

La nueva Acción Católica General vista desde Barcelona, en 2022

I.- La *en-carnación* de la Iglesia en Barcelona en 2022, en el mundo y en la Humanidad, no es una opción, está en el ser constitutivo de la propia Iglesia. No puede no serlo. Y esto es así porque la Iglesia es el Pueblo de Dios del que, de alguna manera, forma parte toda la Humanidad: "El Concilio Vaticano II así lo ha sugerido y, más allá de sus mismos límites visibles, presenta a la Iglesia como una gran comunidad de todos los hombres de buena voluntad. Por católica, por el 'carácter de universalidad que distingue al Pueblo de Dios', la Iglesia quiere ser la reunión, el misterioso lugar de encuentro de todos los hombres de buena voluntad. Es-

tos, aun los no creyentes, pertenecen a la Iglesia, son, de alguna manera, parte constitutiva de la misma, pues, aunque visible y conscientemente no estén en ella, no se les puede considerar desligados de su realidad mística y salvífica. Por eso hay como distintos modos de pertenencia a la Iglesia, correspondientes a los fieles católicos, a los cristianos no católicos, y a los no cristianos" (Freijo Balsebre 1966a, 54, quien cita aquí el n° 13 de la Constitución conciliar *Lumen Gentium*). La de Freijo podría parecer una lectura apresurada y voluntarista de los documentos del Concilio tan solo un año después de su promulgación. Sin embargo, cincuenta y seis años después, el Documento Preparatorio del Sínodo 2021-2023 "Por una Iglesia Sinodal", nos lo vuelve a recordar. En él se afirma que a "caminar juntos" no solo están llamados quienes ya participan de la vida interna de la Iglesia, sino que "el Pueblo de Dios camina junto a la entera familia humana. La mirada se concentrará así en el estado de las relaciones, el diálogo y las eventuales iniciativas comunes con los creyentes de otras religiones, con las personas alejadas de la fe, así como con ambientes y grupos sociales específicos, con sus instituciones (el mundo de la política, de la cultura, de la economía, de las finanzas, del trabajo, sindicatos y asociaciones empresarias, organizaciones no gubernamentales y de la sociedad civil, movimientos populares, minorías de varios tipos, pobres y excluidos, etc.)".

Para ello, volviendo de nuevo a Freijo Balsebre (1966b, 38), "la Iglesia necesita que sus laicos den testimonio colectivo de cara a los hombres respecto a su compromiso responsable con el mundo. Solo este testimonio colectivo, como Pueblo de Dios, hará válidamente presente a la Iglesia en el mundo, y podrá manifestarla eficazmente ante los hombres como 'signo de salvación'".

Seguramente, la anterior comprensión de Pueblo de Dios precisa de tiempo para penetrar en el tejido eclesial y ofrecer concreciones nuevas. Así podría deducirse de la no muy clara plasmación de esa comprensión en el documento de síntesis sobre la fase diocesana del sínodo aprobado por la Asamblea Final Sinodal de la CEE del pasado 11 de junio de 2022. En ese mismo documento podemos encontrar una pista de por qué es así: "Desde el punto de vista institucional, la Iglesia está más organizada sobre el sacramento del orden que sobre el sacramento del bautismo".

En la actualidad, los movimientos de la AC –singularmente la nueva ACG– están en una posición inmejorable para ser *populares* en ese sentido: esto es, ser pueblo, Pueblo de Dios, con todos y con cualquiera. Para mostrar que *ser es ser-con*. Otros movimientos o asociaciones más especializados, o *carismatizados*, quizá deban construir un discurso más elaborado con el que explicarse y explicar su adscripción a lo que se acaba de decir. Pero en el caso de AC ha de ser evidente a primera vista: niños, jóvenes, adultos; trabajadores, estudiantes, parados; letrados e iletrados; los que siempre han estado ahí y los que acaban de llegar; ...en la familia, en el trabajo, en el sindicato, en la asociación, ...en el barrio, en la parroquia. "No existe realidad temporal que pueda ser indiferente a la consciencia cristiana", [...] por lo que uno de los fundamentos de la eficacia de AC es [...] que sus militantes actúen [...] como 'ciudadanos entre ciudadanos'" (Freijo Balsebre 1966b, 41, 45). Carácter popular que, según Francisco, "les va a traer problemas, porque van a querer formar parte de la institución personas que aparentemente *no están en condiciones*: familias en las que los padres no están casados por la Iglesia [...], hombres y mujeres con un pasado o un presente difícil [...]. Es un de-

safío a la *maternidad* eclesial de la Acción Católica; recibir a todos y acompañarlos en el camino de la vida con las cruces que lleven a cuestas y personalmente" (ACG 2019, 45).

II.- Ese ser 'ciudadanos entre ciudadanos' cobra sentido solo en cuanto se orienta a la instauración cristiana del mundo, tarea que justifica la existencia de la Iglesia y que, dentro de ella, está reservada al ministerio y vocación laical (Freijo Balsebre 1966b, 37). El laico convierte cada acontecimiento diario, cada relación, en evangelización implícita que suscita en la intimidad de sus conciudadanos "el hueco en que surja la interrogante religiosa y cristiana [...], que acabará exigiendo ser explicado por el anuncio mismo de la palabra" (Freijo Balsebre 1966b, 42). Esto nos parece importante, ya que establece un orden distinto del que, en nuestra opinión, ha venido utilizando la Iglesia para la evangelización en una sociedad heredera, consciente o inconsciente, de una cristiandad ya desaparecida y que se dirigía a las personas para *formar* más que para *mostrar* o *testimoniar*.

Decíamos más arriba que *Anunciar a Jesucristo con obras y palabras* había sido el lema de la Asamblea de la ACG en Barcelona durante el pasado julio de 2022. En ella, el término *kerigma* ha sido sin duda el más utilizado. Nos parece necesario comentarlo.

Es posible que en nuestra Iglesia hayamos asociado evangelizar con anuncio oral y explícito de la Palabra, con catequizar en alguna de sus formas. Sin embargo, el ministerio laical parece más relacionado, según se ha dicho, con la *martyria*, con el testimonio dado con la vida. Vida que comprende *las obras*, pero que va más allá, extendiéndose a la persona entera; no solo a lo que hace, intenta, acierta, consigue o no. Una vida como ciudadano entre ciudadanos, en la cons-

tante tensión de la que habla T. Radcliffe (2016, 31) para “dar con un camino entre encerrarse en el gueto y desaparecer por el desagüe de la asimilación”.

Podríamos coincidir en que, si por algo se han caracterizado todos los movimientos de AC –y otros muchos–, es por ser movimientos educativos (Freijo Balsebre 1966b, 60). En nuestro país, hasta hace 30 o 40 años, esa educación se impartía a personas que ya habían recibido los sacramentos de iniciación y vivían en un contexto naturalmente cristiano en casi todos los ámbitos. El modelo formativo se basaba en la revisión de vida, que ya se presuponía cristiana. José Quevedo Suárez, el que fuera presidente del desaparecido Consejo Nacional de la Juventud de la Acción Católica Española –cargo del que dimitió durante la crisis comentada–, al describir en esta misma revista *Iglesia Viva* las cinco notas que, según él, definen estos movimientos, se refiere a dos directamente relacionadas con lo que se acaba de decir: una, “educativos y evangelizadores” –aunque en su explicación solo se refiere a la vertiente educativa–; y otra, de “pedagogía activa” –desarrollando el método de la revisión de vida–. La actividad *kerigmática* no aparece expresamente entre esas notas y el autor, ante lo que parece ser una crítica externa por ello, contesta: “Lo educativo y evangelizador en los movimientos ni es yuxtaposición ni paralelismo. Es simplemente el mismo proceso eminentemente cristiano” (Quevedo 1971, 473). Quevedo afirma esto en 1971, en una *España aún cristiana*, cuando casi cualquier destinatario de la actividad de los movimientos eclesiales era un creyente o, como poco, alguien con una cultura religiosa suficiente.

En la Barcelona de 2022 que hemos descrito ya no es así. La actividad educativa de los movimientos y asociaciones laicales no puede presuponer destinatarios creyentes, ni tan solo con cultura

religiosa. Baste traer aquí lo dicho más arriba sobre la práctica desaparición de la asignatura de religión en los centros públicos de secundaria, sin que sea preciso extenderse en cuál es la causa y cuáles las consecuencias. Tampoco la actividad catequética puede seguir girando en torno a los sacramentos. El *kerigma*, en sus vertientes catequética y educativa, ha de resituarse.

Un Pueblo de Dios plenamente encarnado, continuador del Espíritu de la misión dada por el Padre al Hijo, es un *pueblo de mártires* que testimonian con su vida el *kerigma* recibido y su gracia; que después, quizá solo después, es capaz de contestar a las preguntas que sobre la razón y el sentido puedan provocar su testimonio entre sus conciudadanos.

AC, los demás movimientos y asociaciones y esta (nueva) ACG, apuesta de nuestros obispos, “ha de exigir a sus militantes que asuman consciente y libremente su responsabilidad de hombres y de cristianos que se encuentran situados en unas concretas circunstancias y en un peculiar momento de la Historia. Es decir, ha de pedirles que se sepan y se quieran hombres comprometidos y cristianos encarnados, y que desde su ‘situación’, y desde la consciencia de su ‘situación’, actúen de forma refleja y decidida” (Freijo Balsebre 1966b, 43). Nuestro autor es claro: la AC “ha de exigir” a sus militantes que se encarnen; que, encarnados, testimonien con su vida el compromiso que da sentido a la Iglesia como enviada del Hijo; y, finalmente, que, habiendo testimoniado con su vida, estén dispuestos y preparados para dar explicación a todo el que les pida una razón de su esperanza, con delicadeza y con respeto (1Pe 3, 15). Freijo, sin embargo, no es más claro de lo que ya lo fue el Concilio: “El apostolado que se desarrolla individualmente [...] es el principio y fundamento de todo apostolado seglar, incluso el asociado, y nada puede

sustituirle. Todos los laicos, de cualquier condición que sean, son llamados y obligados a este apostolado" (AA, 16).

Esta perspectiva incide directamente en el qué, en a quién y en el cómo de las opciones fundamentales y en sus desarrollos prácticos. *Anunciar a Jesucristo con obras y con palabras en la Barcelona de 2022* ha de ser de uno en uno, de una en una. Y no solo porque ya son impensables aquellas catequesis, clases de religión o bautizos masivos, sino porque el llamamiento se suscita en cada persona, en su situación concreta, en su entorno familiar, laboral, formativo, asociativo. No hay un *venid*; hay un *ven*. En ese *uno a uno* encontraremos –o nos encontrarán– algunos *zaqueos* tratando de ver quién es Jesús, pero sin lograrlo (Lc 19, 3); y que, conscientes de sus limitaciones, permanecerán encaramados a un sicomoro, observándonos, pero sin acercarse. *Zaqueos* hacia los que habrá que dirigir la mirada y llamar por su nombre (Lc 19,5). Para ello, T. Halík propone una *nueva teología de la liberación*, en la que los ojos con los que ha de leerse el Evangelio sean los de la duda, los de las personas en búsqueda. "De la misma forma que para desempeñar la misión en el mundo de los socialmente pobres la Iglesia debe ser pobre, también debe despojarse de muchas de sus seguridades para entrar en este mundo de la inseguridad religiosa" (Halík 2014, 40), en el que se encuentra la Barcelona de 2022.

Por eso, correlativamente, cada creyente ha de ser un evangelizador, muchas veces un *primer evangelizador*, y ha de ser consciente de lo importante que son sus palabras en el tú a tú –para lo cual la formación es imprescindible– y de lo relevante que es cada gesto. Ello exige una conversión diaria, examinada en la intimidad de la conciencia –una conciencia formada y crítica, no aquella que autojustifica todo en el castillo inexpugnable

de su libérrima voluntad o capricho– y discernida en el grupo, siempre con la invocación del Espíritu. Compartimos por ello las palabras de Freijo para concretar formas de evangelización no meramente tácticas a llevar a cabo hoy y aquí: "Parece hoy en día más eficaz, la presencia de animación de los cristianos en sindicatos, partidos políticos, universidades, etc., ..., que, asegurando unas condiciones básicas de respeto a la dignidad de la persona humana y de impulso de la sociedad, les permitan trabajar unidos con otros hombres de buena voluntad, favoreciendo así el encuentro y el diálogo tan necesario para la evangelización de una sociedad pluralista" (Freijo Balsebre 1966b, 39). ¿Pudo Freijó en 1966 imaginar lo que es una *sociedad pluralista* y de personas en búsqueda en la Barcelona de 2022?

III.- Muchos han sostenido que la crisis de la Acción Católica de los 60 –de la mayor organización de apostolado seglar de aquella época– vino dada por la decisión de mandar al banquillo a Jacques Maritain y a Emmanuel Mounier para apostar por el *jogo bonito* de Marx y Fromm. Evidentemente, el asunto es mucho más complejo que esa caricatura, pero contemplarlo con ojos de hoy pone sobre la mesa una de las situaciones más acuciantes de nuestro apostolado seglar, que olvida abiertamente y sin mala conciencia lo que la Doctrina Social de los últimos 130 años le ha encargado expresamente: la búsqueda del bien común, la actividad de instauración cristiana del mundo. Esta está reservada al ministerio y vocación laical, que comparte con otras vocaciones la labor de evangelizar, pero no la de instauración, aunque cualquier creyente –también los consagrados– pueda llevarla a cabo en tanto que bautizado (Freijo Balsebre 1966b, 43).

Hablamos de la actividad política, en cualquiera de sus formas, pero política

al fin. Francisco nos convoca en *Fratelli Tutti* (FT) a rehabilitar la política, que es una altísima vocación, una de las formas más preciosas de caridad, porque busca el bien común (FT, 180). Por eso, siguiendo a Domingo Moratalla (2020) en la ponencia citada, no podemos permitirnos un laicado en repliegue, en retirada, a la defensiva y emocionalmente frágil. Necesitamos un laicado con mentalidad de equipo, cívicamente significativo e institucionalmente preparado. Para una iglesia "en salida" es importante articular la dimensión cívica (ciudadanía) con el resto de dimensiones de la vida del creyente. La caridad social y política requiere capacitación de las comunidades laicales para valorar adecuadamente la acción política. Quizá ha llegado el momento de volver a contar con Emmanuel Mounier. Benedicto XVI nos invitó a ello en *Caritas in Veritate* (CV): "Hay que esforzarse incesantemente para favorecer una orientación cultural personalista y comunitaria, abierta a la trascendencia" (CV, 42).

El Catecismo de la Iglesia Católica (nº 1910) lo expresa tajantemente: "El bien común se verifica en la comunidad política". Bien común que impele a construir con otros una sola familia (CV, 53), en la que todos somos responsables de todos (CV, 38). Esta formulación no comprende ni es comprendida por completo en ninguna forma de organización política pasada o presente.

No olvidamos que, sin duda, Dios es Amor, pero a veces no recordamos que también es *Justicia*: "Este nombre –Justicia (Jr 23, 6)– expone la afirmación 'Dios es amor' al ámbito público de nuestras experiencias históricas y a la responsabilidad concreta de nuestra fe, que en dicho ámbito se refrenda. [...] ¿Cómo es posible preguntar por la propia salvación y redención dando la espalda a esa historia de dolor?" (Metz 2013, 18).

En el tiempo que va desde que Freijo escribió su trabajo hasta este 2022, el laicado ha pasado de estar hiperpoliticado a un casi abandono de la política. Nuestro laicado ni se forma ni participa; y está clericalizado. Ni tan solo es posible afirmar que mantenga una actividad política *intramuros*, como defendía Dreher. Está quizá más cerca del *angelismo trasdencialista* que ya denunciaba Freijo Balsebre (1966b, 55): "El mundo sólo vale como instrumento o medio utilizable para alcanzar el cielo, que es lo que realmente interesa y vale. Y, en definitiva, la Iglesia, cuanto más lejana e incontaminada se mantenga de las preocupaciones temporales, más fielmente mantendrá su pureza y la lealtad a su misión". Y ello, además, con el grave peligro de que el péndulo acabe en el otro lado, como propone Langella; y el laicado más combativo se sitúe en lo que Freijo Balsebre (1966b, 57) denominaba *paternalismo eclesialístico*, según el cual "la Iglesia debe constituirse, en la medida en que sea posible, en poder dominador y fuerza de presión sobre el mundo para 'eclesializarlo', aunque sea mediante cierta constricción física, psicológica o ideológica, mediante cierta 'santa violencia e intransigencia'".

A la actividad de aquellos movimientos que caminaron desde la asistencia social, pasando por la crítica y protesta social, hasta la participación de sus militantes en opciones políticas concretas se la ha considerado *pre-política* en unos casos, *para-política* en otros (Montero 2002, 28). En nuestra opinión, el momento actual exige que su actividad sea *pro-política*. O la AC –en particular la ACG– y el resto de los movimientos laicales son espacios de concienciación, formación, envío y acompañamiento para la actividad política de sus miembros, o nuestros laicos acabarán siendo una subespecie de consagrados, *influencers*, *kumbayás* o totalitarios en potencia.

Nuestra realidad eclesial no parece, sin embargo, invitar al optimismo. Según el documento de síntesis sobre la fase diocesana del sínodo aprobado por la Asamblea Final Sinodal de la CEE el pasado 11 de junio de 2022, "respecto de los laicos, se puede detectar una clara paradoja en las aportaciones. Al tiempo que se ve imprescindible potenciar procesos formativos integrales y de carácter permanente que conduzcan a un compromiso transformador de la realidad, con una fuerte presencia de la Doctrina Social de la Iglesia, no se asumen como propios; no existe un compromiso firme con la formación en el caso de la inmensa mayoría de los fieles. Ello conduce a profesar una fe débil, llena de lagunas y carencias, e incapacita para dar testimonio público de ella, porque se percibe inseguridad, miedo, falta de preparación para el diálogo [...]. En particular, aunque los laicos son conscientes de estar llamados a hacerse presentes en la vida pública, cuesta atender esa tarea, en parte porque no sienten el apoyo y el acompañamiento de la comunidad. Se anhelan líderes cristianos en los diferentes ámbitos de la vida pública –política, economía, educación, cultura...– y se ve imprescindible impulsar procesos de formación de estos laicos cristianos que viven la caridad política, así como de acompañamiento en el desarrollo de sus tareas".

Fuera de los minoritarios movimientos especializados de AC, ¿hasta dónde llega, hoy por hoy, el compromiso de las asociaciones y movimientos seculares –incluyendo la ACG– en este ámbito? ¿Qué tipo de laicado podemos esperar para el futuro más inmediato?

La revisión de vida como prefijo eucarístico

Freijo, en el trabajo que comentamos, apenas hace referencia a la revisión de vida y ninguna a la Eucaristía. Ese no era

el tema del trabajo; sin embargo, a nosotros nos parece que, en esta Barcelona, en 2022, todo colectivo seglar, y muy singularmente la ACG, solo podrá llevar cabo a cabo la misión de evangelización y de instauración si se hace desde y hacia la Eucaristía, sobre la Mesa en la que cada cual y todos pongan su vida.

Al definir más arriba la actividad formativa y misional de los colectivos laicales en relación con la política, hemos utilizado los prefijos *pre*, *para* y *pro*. Al referirnos ahora a la revisión de vida en esos colectivos, podríamos utilizar también otros prefijos y definirla como actividad *perieucarística*, *intraeucarística*, *cuasieucarística*, *posteucarística*, *reeucarística*, *transeucarística*, ..., subrayando con ello la vinculación inmediata de la revisión de vida con la Eucaristía como acto central de la comunidad. Freijo Balsebre afirma (1966b, 54) que "el mundo es un texto que ha de ser cristianamente leído, interpretado, dicho y, finalmente, transformado por la praxis cristiana. Esta dinámica de la epistemología cristiana del mundo, desde la praxis y para la praxis, es lo que la Acción Católica conoce con el nombre de 'revisión de vida'". En nuestra opinión, la epistemología ha de ir unida a la escatología: "Recibe, Señor, esta Hostia total que la Creación, atraída por tus gracias, te presenta en esta nueva aurora. Sé bien que este pan, nuestro esfuerzo, por sí mismo no es más que una desagregación inmensa. Este vino, nuestro dolor, no es todavía, ¡ay!, más que un brebaje disolvente. Más tú has puesto en el fondo de esta masa informe, estoy seguro y así lo siento, un irresistible y santificante deseo que nos hace gritar a todos, desde el impío hasta el fiel: ¡Señor, haznos uno!" (Teilhard de Chardin 1923, 28).

Este *hacernos uno* convoca a toda la Humanidad, a toda la Creación y, en primer lugar, a cada ser humano en sí mismo. La santidad a la que se llama a cada

bautizado no se alcanza en un solo aspecto de la vida –la oración, el trabajo, la vida familiar, los actos de caridad, ...-. Todo ha de orientarse a un fin, un proyecto individual y cósmico de unidad en Cristo, al que recordamos en cada Eucaristía. Él lo ilumina todo y todo es nuevo en Él. Seguramente, algo parecido a lo que le ocurrió a Ignacio al lado del río Cardoner: “[...] Se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y, estando allí sentado, se le empezaron abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas” (Loyola 2015, 30).

La vida nueva que nace del bautismo no puede ser una entelequia, una forma infantilmente devota de hablar. Ha de materializarse en cada momento de la existencia. Los monjes disponen de una Regla que les ayuda; los laicos no. Los laicos en medio de las mil actividades de cada día quedan expuestos a una vida fragmentada, como un archipiélago en el que la familia, el trabajo y el resto de sus ámbitos aparecen como territorios incommunicados. Viven constantemente ante el árbol del conocimiento del bien y del mal (Gn 2,9), decidiendo qué hacer y, en no pocas ocasiones, haciendo sin decidir. Esa es la vida que llevan a la Eucaristía en la que gritamos ¡Señor, haznos uno!

Aquellos con los que nos reunimos alrededor de la Mesa, en particular los del grupo o equipo más cercanos, nos acompañan en esa invocación y en el discernimiento para hacerla efectiva. La herramienta concreta para el grupo es la revisión de vida. La consecución de esa unidad a través de un plan de vida, omnicompreensivo de todas sus facetas, es también la finalidad de otras herramientas apostólicas, como el actual acompa-

ñamiento y la histórica dirección espiritual.

Ciertamente, desde que en 1912 Joseph Cardijn –que falleció en 1967, en el tiempo de la crisis a que nos referíamos al principio– comenzó a desarrollar ese método con jóvenes obreros, son muchos los tratamientos y las variaciones que ha recibido. El método es utilizado con ese nombre en el ámbito estudiantil por la Juventud Estudiante Católica (JEC) o en el ámbito del apostolado obrero de la Acción Católica Obrera (ACO); y podemos encontrarlo en otros nombres, como el DEAE (“Discernir, enviar, acompañar y evaluar”), puesto en marcha hace 25 años por las Comunidades de Vida Cristiana (CVX). Hay dinámicas que emplean métodos similares, como el de la lectura creyente de la realidad de Profesionales Cristianos.

De todo lo dicho se deduce la necesidad de contemplar al creyente, al seguidor, en su compleja y total individualidad: llamado a evangelizar e instaurar en una época concreta y en cualquiera de sus ámbitos vitales; que decide y se compromete libremente con ese seguimiento mediante la asistencia del Espíritu en un discernimiento individual, abierto a la proposición y a la corrección fraterna; y que, finalmente, pretende poner ese seguimiento sobre la Mesa de la Eucaristía. Esa *estructura total* es la de la revisión de vida por la que nosotros apostamos¹, cuyo lugar natural es, a nuestro entender y sin perjuicio de otras opciones, la Mesa de cada Iglesia diocesana, en las Mesas distribuidas en cualquiera de sus parroquias.

Terminamos a la ignaciana: la nueva ACG –cada uno/a de sus militantes-, todo movimiento laical, ha de ver a Dios en to-

¹ *La vida en el Espíritu. Guía de espiritualidad laical*, publicada por la Acción Católica General, nos parece una magnífica herramienta para ello. Véase [Publicaciones ACG \(accioncatolicageneral.es\)](http://PublicacionesACG(accioncatolicageneral.es)).

das las cosas, acompañándolas hasta Él, hasta que todo sea Él. En cinco minutos lo explican de una manera bellísima los compañeros de "Jesuitas Acústico": [En todo | Jesuitas Acústico - Bing video](#). O, utilizando las palabras de Freijo Balsebre (1966a, 55), "[...] No es solo construir un mundo mejor y más humano, sino incorporar definitivamente este mismo mundo a Cristo que lo ha de recapitular todo. A la educación de la Humanidad en esta nueva conciencia crística es a lo que llamamos evangelización". Leer a Freijo, cincuenta y seis años después, ha de ayudar a saber qué queremos decir con evangelizar, con *Anunciar a Jesucristo con obras y palabras* en Barcelona, en 2022.

Referencias

- AGC-Acción Católica General (2019): *Qué nos pide el Papa hoy*, Madrid: Ed. Acción Católica General.
- BAUMAN, Zygmunt (2017): Síntomas en busca de objeto y nombre. En Santiago Alba Rico y otros, *El gran retroceso*, Barcelona: Seix Barral. Disponible en https://elpais.com/cultura/2017/04/25/actualidad/1493118043_536994.html.
- CAICEDO, Ernesto Wilson (1997): Deliberación de los Primeros Padres. Disponible en https://sites.google.com/site/amdg1540/docs/15390624_delib.
- CENTRO IGNAZIANO DI SPIRITUALITÀ (2022): Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús. Disponible en <http://www.raggionline.com/saggi/scritti/es/formula.pdf>.
- DOMINGO MORATALLA, Enrique (2020): Profetas 3.0: sanar personas, cuidar vínculos, tender puentes, ponencia en el Congreso Nacional de Laicos. Disponible en <https://laicos.conferenciaepiscopal.es/itinerario-4/>.
- DREHER, Rod (2018): *La opción benedictina: una estrategia para los cristianos en una sociedad postcristiana*, Madrid: Ed. Encuentro.
- FREIJO BALSEBRE, Enrique (1966a): Teoría y praxis en la temporalidad de la Acción Católica, *Iglesia Viva*, 5, pp. 49-63. Disponible en <https://iviva.org/revistas/005/005-04%20FREIJO.pdf>.
- FREIJO BALSEBRE, Enrique (1966b): Teoría y praxis en la temporalidad de la Acción Católica (II), *Iglesia Viva*, 6, pp. 37-65. Disponible en <https://iviva.org/revistas/006/006-04%20FREIJO.pdf>.
- HALÍK, Thomas (2014): *Paciencia con Dios: cerca de los lejanos*, Barcelona: Herder.
- LANGELLA, Julien (2022): *Católicos e identitarios: de la protesta a la reconquista*, San Sebastián: Ed. La Tribuna del País Vasco.
- LOYOLA, Ignacio de (2015): Autobiografía. En Josep Maria Rambla Blanch (ed.), *El peregrino: autobiografía de Ignacio de Loyola*, Bilbao: Mensajero.
- METZ, Johann Baptist (2013): *Por una mística de los ojos abiertos: cuando irrumpe la espiritualidad*, Barcelona: Herder.
- MONTERO GARCÍA, Feliciano (2002): Los movimientos de Acción Católica en la crisis del Franquismo (1960-1975), *Revista Almogarán* (Centro Teológico de Las Palmas), 30, pp. 7-39. Disponible en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7815508>.
- QUEVEDO, José (1971): Los movimientos especializados de la Acción Católica, *Iglesia Viva*, 35, pp. 469-475. Disponible en <https://iviva.org/revistas/035/035-36-09%20QUEVEDO.pdf>.
- RADCLIFFE, Timothy (2016): *Ser cristiano en el siglo XXI: una espiritualidad para nuestro tiempo*, Santander: Sal Terrae.
- TEILHARD DE CHARDIN, Pierre (1923): *Himno del Universo*, Madrid: Trotta.